

nam fabricam construere celsitudinis? De fundamento prius cogita humilitatis, dicesan Agustin, serm. 10 de verbis Dom. Si quereis ser grande y levantar alto edificio de virtudes, tratad primero de echar muy buen fundamento de humildad: *Et quantum quisque vult, et disponit superimponere molem edificii, quanto erit majus edificium, tanto altius fodit fundamentum*: Y cuanto uno quiere levantar mas alto el edificio, tanto mas ahonda los cimientos; porque no hay alto sin hondo, y así á la medida y proporcion que ahondáreis y echáreis los cimientos de la humildad, podréis levantar esta torre de la perfeccion evangélica que habeis comenzado. Santo Tomás de Aquino entre otras sentencias graves que se refieren suyas, decia de la humildad (1): Quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco, y le pesa si lo es, aunque haga maravillas, léjos está de la perfeccion, porque todo es virtud sin cimiento.

CAPÍTULO III.

En que se declara mas en particular como la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurrendo por las mas principales.

Para que se vea mejor cuán verdadera es esta sentencia de los Santos, que la humildad es fundamento de todas las virtudes, y cuán necesario es este fundamento para

(1) Part. 1, lib. 3, cap. 37 de la Historia de los Predicadores.

todas ellas, irémos discurrendo brevemente por las mas principales, comenzando por las teologales. Para la fe es menester humildad, no digo á los niños, á los cuales se les infunde la fe sin acto propio en el bautismo: hablo de los adultos que ya tienen uso de razon. La fe pide un entendimiento humilde y rendido: *In captivitate redigentes omnem intellectum in obsequium Christi*, I ad Cor. x, v. 5, dice el apóstol san Pablo: y el entendimiento soberbio es impedimento y estorbo para recibir la fe; y así dijo Cristo nuestro Redentor á los fariseos: *Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis, et gloriam que à solo Deo est non queritis?* Joan. v, v. 44. ¿Cómo podeis vosotros creer en mí, pues buscáis ser honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de solo Dios viene? Y no solo para recibir la fe es menester humildad, sino tambien para conservar la doctrina: es comun de los Doctores y Santos que la soberbia es principio de todas las herejías: estima uno en tanto su parecer y juicio, que le antepone al sentir comun de los Santos y de la Iglesia, y de ahí viene á dar en herejías. Y así dice el Apóstol: *Hoc autem scitote, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines se ipsos amantes, cupidi, elati, superbi*. II ad Tim. iii, v. 1. Hágoos saber que en los dias postreros habrá unos tiempos muy peligrosos, por-

que los hombres serán muy amadores de sí mismos, codiciosos, altivos y soberbios. Á la elacion y soberbia atribuye los errores y herejías, como lo prosigue muy bien san Agustin. La esperanza con la humildad se sustenta; porque el humilde siente su necesidad, y entiendo que no puede de sí cosa alguna; y así con mas afecto se vale de Dios, y pone toda su esperanza en él. La caridad y amor de Dios con la humildad se aviva y enciende; porque el humilde conoce que todo lo que tiene le viene de la mano de Dios, y que él está muy léjos de merecerlo, y con esto se enciende é inflama mucho en amor de Dios: *Quid est homo quia magnificas eum, aut quid apponit erga eum cor tuum?* decia el santo Job, vii, v. 17. ¿Quién es el hombre, Señor, para que os acordeis de él, y pongais vuestro corazon en él, y le hagais tantos favores y mercedes? ¿Yo tan malo para con Vos, y Vos tan bueno para conmigo? ¿Yo porfiar y ofenderos cada dia, y Vos á hacerme mercedes cada hora? Este es uno de los principales motivos de que se ayudaban los Santos para encenderse mucho en amor de Dios. Mientras mas consideraban su indignidad y miseria, mas obligados se hallaban á amar á Dios, que puso los ojos en tan grande bajeza: *Magnificat anima mea Dominum*, Luc. i, v. 46, decia la sacratísima Reina de los Ángeles, *quia respexit humilitatem ancillae suae*: Magnifica y engrandece mi

ánima al Señor, porque puso los ojos en la bajeza de su sierva.

Para la caridad con los prójimos bien se ve cuán necesaria es la humildad; porque una de las cosas que suele entibiar y disminuir el amor de nuestros hermanos, es juzgar sus faltas, y tenerlos por imperfectos y defectuosos, y el humilde está muy léjos de eso; porque tiene puestos los ojos en sus faltas propias, y en los otros nunca mira sino á sus virtudes, y así á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo é imperfecto, y por indigno de estar entre sus hermanos. Y de aquí le nace una estima y respeto, y un amor grande á todos. Mas al humilde no le pesa de que todos le sean preferidos, y de que se haga caso de los otros, y que él solo sea el olvidado, ni de que á los otros se les encomienden las cosas mayores, y á él las bajas y pequeñas; no hay envidias entre los humildes, porque la envidia nace de la soberbia: y así si hay humildad, ni habrá envidias, ni encuentros, ni cosa que entibie el amor de los hermanos.

De la humildad nace tambien la paciencia, tan necesaria en esta vida; porque el humilde conoce sus culpas y pecados, se ve digno de cualquier pena, y ningun trabajo le viene que no lo juzgue por menor de lo que habia de ser, conforme á sus culpas, y así calla, y no se sabe quejar, antes dice con el profeta Miqueas, vii, v. 9: *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei*: Sufri-

ré de buena gana el castigo que Dios me envia, porque he pecado contra él. Así como el soberbio de todo se queja, y le parece que le hacen sinrazon, aunque no se la hagan, y que no lo tratan como merece; así el humilde, aunque le hagan sinrazon, no lo echa de ver, ni lo juzga por tal. En ninguna cosa entiendo que le hacen agravio, antes todo le parece que le viene ancho, y de cualquier manera que le traten, está muy satisfecho que lo traten mejor de lo que él merece ser tratado. Gran medio es la humildad para la paciencia: y así el Sábio avisando al que quiere servir á Dios que se prepare para sufrir tentaciones y disgustos, y que se arme de paciencia, el medio que le da para ello es, que se humille: *Deprime cor tuum, et sustine.* Eccli. II, v. 2 et 4. Trae abatido tu corazón, y así sufre. *Omne quod tibi applicitum fuerit accipe, et in dolore sustine.* Todo lo que se te ofrece, aunque sea muy contrario al gusto y á la sensualidad, recíbelo bien, y aunque te duela, súfrela. Pues ¿cómo será eso? ¿qué armas me vestís para que no lo sienta, ó para que ya que lo sienta lo lleve bien? *In humilitate tua patientiam habe.* Tened humildad, y así tendréis paciencia y sufrimiento. De la humildad nace tambien la paz, tan olvidada de todos, y tan necesaria al religioso: así lo dice bien claramente Cristo nuestro Señor: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis re-*

quem animabus vestris. Matth. XI, v. 29. Sed humilde, y tendréis grande paz con vos, y tambien con vuestros hermanos. Así como entre los soberbios siempre hay rencillas, contiendas y porfias: *Inter superbos semper jurgia sunt,* Prov. XIII, v. 10, dice el Sábio; así entre los humildes no puede haber rencilla ni disension, sino es aquella santa rencilla y porfia de cuál será mas humillado, y de dar cada uno la ventaja al otro: cual fue aquella graciosa contienda entre san Pablo y san Antonio, sobre el partir el pan: el uno importunaba al otro porque era huésped; el otro á este porque era mas anciano: cada uno buscaba por donde preferir y dar la ventaja al otro. Estas son buenas rencillas y contiendas; que así como nacen de verdadera humildad, así no solo no van contra la paz y caridad fraterna, sino la confirman y conservan mas. Vengamos á aquellas tres virtudes propias y esenciales del religioso, á que nos obligamos por los tres votos de la pobreza, castidad y obediencia. La pobreza tiene tanta conexion y parentesco con la humildad, que parecen hermanas de un vientre. Y así por la pobreza de espíritu, que Cristo nuestro Señor puso por la primera de las bienaventuranzas, unos Santos entienden la humildad, otros la pobreza voluntaria, cual es la que los religiosos profesan. Y es menester que la pobreza ande siempre muy acompañada de la humildad; por-

que la una sin la otra es cosa peligrosa. Fácilmente se suele criar un espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre y vil; y de allí suele nacer un menosprecio de los otros. Y por esto san Agustin huía de muy viles vestiduras, y queria que sus religiosos trajesen vestidos honestos y decentes para huir de este inconveniente; y por otra parte tambien es menester humildad, para que no queramos andar muy acomodados, que no nos falte nada, sino que nos contentemos con lo que nos dieren y con lo peor, pues somos pobres y profesamos pobreza. Para la guarda de la castidad, que sea necesaria la humildad, tenemos muchos ejemplos en las historias de los Padres del yermo, de feas y torpísimas caídas en hombres de muchos años de penitencias y vida solitaria, que todas ellas nacian de falta de humildad y presuncion, y fiarse de sí, lo cual suele Dios castigar con permitir semejantes caídas. Es la humildad tan grande ornato de la castidad y pureza virginal, que dice san Bernardo, hom. sup. *Misus est: Sine humilitate ardeo dicere, nec virginitas Mariae Deo placuisset.* Atrévome á decir que sin humildad aun la virginidad de Nuestra Señora no agradara á Dios. Vengamos á la virtud de la obediencia, en la cual quiere nuestro santo Padre que nos señalemos los de la Compañía. Cosa clara es que no puede ser buen obediente el que no fuere humilde, ni dejarlo de ser

el que lo fuere. Al humilde cualquier cosa se le puede mandar; no así al que no lo fuere. El humilde no tiene juicio contrario, en todo se conforma con el superior, así con la obra, como con la voluntad y entendimiento; no hay ninguna contradiccion ni resistencia en él.

Pues si venimos á la oracion, en que estriba la vida del religioso y del varon espiritual, si no va acompañada de humildad, no tiene valor, y la oracion con humildad penetra los cielos: *Oratio humiliantis se nubes penetrabit, et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec Altissimus aspiciat.* Eccli. xxxv, v. 21. La oracion del que se humilla, dice el Sábio, penetrará los cielos, y no descansará hasta que alcance de Dios todo lo que desea. Aquella santa y humilde Judit, encerrada en su oratorio, vestida de cilicio, cubierta de ceniza, postrada en tierra clama y da voces: *Humiliam, et mansuetorum semper tibi placuit deprecatio.* Judith, ix, v. 16. Siempre os agradó, Señor, la oracion de los humildes y de los mansos de corazón. *Respexit in orationem humiliam, et non sprexit precem eorum.* Psalm. CI, v. 18. Miró Dios la oracion de los humildes, y no menospreció sus ruegos. *Ne avertatur humilis factus confusus.* Psalm. LXXIII, v. 21. No hayais miedo que sea desechado el humilde ni que vaya confundido; él alcanzará lo que pide, Dios oirá su oracion. Mirad cuánto agradó á Dios aquella

oracion humilde del publicano del Evangelio, que no osaba alzar los ojos al cielo ni acercarse al altar, sino allá léjos en un rincón del templo, hiriendo sus pechos, con humilde conocimiento decia: *Deus propitius esto mihi peccatori.* Luc. XVIII, v. 13. Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador: *Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo.* De verdad os digo, dice Cristo nuestro Señor, que salió este justificado del templo, y el otro fariseo soberbio, que se tenia por bueno, salió condenado. De esta manera podríamos discurrir por las demás virtudes; y así, si quereis un atajo para alcanzarlas todas, y un documento breve y compendioso para llegar presto á la perfeccion, este es, ser humilde.

CAPÍTULO IV.

De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos.

Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam. Eccli. III, v. 20. Quanto fueres mayor, tanto mas te humilla, dice el Sábio, y hallarás gracia delante de Dios. Los que profesamos ganar almas para Dios, tenemos oficio de grandes. Que para nuestra confusion bien lo podemos decir, hanos llamado el Señor á un estado muy alto, porque nues-

tro instituto es para servir á la santa Iglesia en muy altos y levantados ministerios (para los cuales escogió Dios á los Apóstoles), que son la predicacion del Evangelio, la administracion de los Sacramentos y de su sangre preciosísima, que podemos decir con san Pablo: *Dedit nobis ministerium reconciliationis.* II ad Cor. V, v. 18. Llama ministerio de reconciliacion la gracia y la predicacion del Evangelio, y los Sacramentos, por donde se comunica esta gracia: *Et posuit in nobis verbum reconciliationis, pro Christo ergo legatione fungimur.* Hízonos Dios ministros suyos, embajadores suyos, como apóstoles suyos, legados del sumo pontífice Jesucristo, lenguas é instrumento del Espíritu Santo: *Tantumquam Deo exhortante per nos.* Por nosotros es servido el Señor de hablar á las almas. Por estas lenguas de carne quiere el Señor mover los corazones de los hombres. Pues por esto tenemos mas necesidad que otros de la virtud de la humildad, por dos razones: La primera, porque cuanto mas alto es nuestro instituto y la alteza de nuestra vocacion, tanto mayor es nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes mas altos, dice san Jerónimo, con mayores vientos son combatidos. Andamos en ministerios muy altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo, somos tenidos por santos, y por otros apóstoles en la tierra, y que nuestro trato es to-

do santidad, y hacer santos á los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra: gran fuerza y gran caudal de virtud es menester para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella; cosa dificultosa es andar entre honras, y que no se pegue algo al corazon. No todos tienen cabeza para andar en alto. ¡Oh cuántos se han desvanecido y caído del estado alto en que estaban por faltarles este fundamento de humildad! ¡Cuántos, que parecia que como águilas iban levantados en el ejercicio de las virtudes, por soberbia quedaron hechos murciélagos! Milagros hacia aquel monje, de quien se escribe en la vida de san Pacomio y Palemon, que andaba sobre las brasas sin quemarse: empero de aquello mismo se ensoberbeció, y tenia en poco á los otros, y decia de sí mismo: Este es santo que anda sobre las brasas sin quemarse: ¿cuál de vosotros hará otro tanto? Corrigióle san Palemon, viendo que era soberbia, y al fin vino á caer miserablemente y acabar mal. Llena está la Escritura y las historias de los Santos de semejantes ejemplos.

Pues por esto tenemos particular necesidad de estar muy fundados en esta virtud, porque, sino, estamos en gran peligro de desvanecernos y caer en el pecado de soberbia, y en la mayor que hay, que es la soberbia espiritual. San Buena-

ventura, declarando esto, dice que hay dos maneras de soberbia: una de las cosas temporales, y esta llama soberbia carnal: otra de las cosas espirituales, que llama soberbia espiritual: y esa, dice, es mayor soberbia y mayor pecado que la primera: y la razon está clara; porque el soberbio, dice san Buena-ventura, es ladron que comete hurto, porque se alza con lo ajeno contra la voluntad de su dueño, álzase con la gloria y honra que es propia de Dios, y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí: *Gloriam meam alteri non dabo,* dice él por Isaías, XLII, v. 8, et XLVIII, v. 11. Esa quiere hurtar á Dios el soberbio, y alzarse con ella, y atribuirle á sí. Pues cuando uno se ensoberbece de un buen natural, de la nobleza, de la buena disposicion del cuerpo, del buen entendimiento, de las letras ú otras habilidades semejantes, ladron es; pero no es tan grande el hurto: porque aunque es verdad que todos esos bienes son de Dios, pero son los salvados de su casa. Empero el que se ensoberbece de los dones espirituales de gracia, de la santidad, del fruto que hace en las almas, ese es grande ladron, robador de la honra de Dios, ladron famoso que hurta las joyas mas ricas y de mayor precio y valor delante de Dios, que las estimó él en tanto que por ellas dió por bien empleada su sangre y su vida. Y así el glorioso y bienaventurado san Francisco andaba con grande temor de caer en esta soberbia, y de-